

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sahemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Esta Asociación no solamente esquiva sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

MALES Y REMEDIOS DE LA ÉPOCA.

VIII.

DEBERES MORALES EN TIEMPOS DE TRANSICION.

Hay en las ciencias históricas y sociales dos sistemas igualmente exclusivos y exagerados: el que todo lo imputa al albedrío del hombre, y el que lo subordina todo á la fuerza de las cosas; el que cualquier hecho cree posible en cualquier tiempo, y el que clasifica los tiempos en estaciones que producen cada cual sus hechos como frutos naturales; el que supone arbitrarias y espontáneamente creadas todas las vicisitudes que han sobrevenido al mundo, y el que todas las acepta como forzosas é inevitables; el que atribuye absolutamente á los actos y esfuerzos individuales el bien y el mal, la gloria y el vituperio, y el que les niega la responsabilidad hasta cierto punto para imputársela á las situaciones: el sistema de la personalidad, por decirlo así, y el sistema del fatalismo. Ambos ofrecen graves peligros si se aplican sin restriccion á las actuales circunstancias: anunciar como inevitable en sus violencias y estragos la gran revolucion social que se aproxima, es abandonarla á sus propios ímpetus y acrecentar las desgracias con el espanto; creer que para impedir la basta no quererla, es empeñarse con ella en impotente y desastrosa lucha. La humanidad marcha por los caminos que le señala la Providencia, y pasa por trasformaciones y mudanzas

que son el resultado de infinitas causas y el conjunto de un sin número de accidentes: Dios le depara á tiempo los hombres mas adecuados para cumplir sus respectivos destinos; á los hombres toca no desconocerlos y desempeñar cumplidamente su mision para escusar grandes infortunios á sí mismos y á los venideros. Su deber, y en especial el de aquellos que por la autoridad ó por el genio preceden á los demás, no es encadenar el movimiento del siglo ni tampoco entregarlo á la casualidad y al desórden, sino dirigirlo con acierto por entre los tropiezos y escollos de la ruta.

De esta direccion depende que el movimiento se verifique con brusca violencia ó con suave preparacion, que se precipite por quebrados derrumbaderos ó descienda sin sentirlo por anchas y fáciles cuestas, que produzca una situacion normal y pacífica ó un rápido pero tremendo cataclismo. Irresistible como el poder de los elementos, vehemente como las pasiones del hombre, el espíritu, la tendencia, el principio de lo nuevo puede anunciarse al mundo, segun fueren la aplicacion y las circunstancias, con fecundos beneficios ó con furia devastadora, con grandes hechos ó con grandes crímenes, con saludables verdades ó con delirios insensatos. En todas las doctrinas caben ideas exageradas y absurdas, de la manera que cada dogma tiene su herejía contrapuesta; en todas las causas militan seides y fanáticos, turbas sediciosas, hez embrutecida,

para quienes la existencia es la guerra, y el día de sus glorias el día del asalto. Negar pues lo razonable es dar fuerzas á lo erróneo, desconocer las necesidades es provocar las violencias, soltar las riendas con apático desden ó con terror sin esperanza es ponerlas en manos de las ideas extremas y de la facción mas furibunda. Cuando se llega á una lucha abierta entre el nuevo orden de cosas y el antiguo, las ideas se extravían, las voluntades se exasperan, las exigencias se desmandan, la imparcialidad y la templanza desaparecen, la matanza y el saqueo por do quiera cunden; y estas convulsiones son tan funestas á la situación que sucumbe como á la situación que se entroniza. Unos y otros ganan en que la sucesion se trasmita por herencia mejor que por conquista, dejando aquella mas influyente y venerado recuerdo, y logrando esta una posesion mas tranquila y duradera.

En la parte que tienen de móvil y modificable las sociedades y los gobiernos, en la organizacion y en las formas, conviene mantenerse desprendidos si no indiferentes para sentir menos el trastorno de la mudanza; y cuanta menor inflexibilidad y resistencia se le oponga, otro tanto disminuirá la fuerza de la sacudida. Los esfuerzos deben concentrarse en mantener el vigor de su espíritu, en avivar las creencias, en depurar las costumbres; y entonces si las necesidades son ficticias, si las innovaciones son prematuras, si los males no provienen sino de la corrupcion de los humores, el sosiego y la salud se restablecen por sí solas y la inminente crisis se disipa. Si ha llegado por el contrario la hora de una total renovacion, la sociedad entra en ella rejuvenecida, el cambio se obra pacífica y gradualmente, lo nuevo crece antes que desaparezca lo antiguo; y todos los objetos mas preciosos y sagrados, sacados á tiempo del ruinoso edificio, se conservan ilesos y sin quiebra en seguro depósito á las futuras generaciones.

La moral en los gobiernos, la moral en los pueblos, la moral en los ricos y en los pobres, en los sabios y en los ignorantes, pero moral pura, católica, divinamente sancionada, hé aquí la barrera insuperable contra los furios

del socialismo. Donde las pasiones se enfrenan, y los deseos se regulan, y los males se previenen, y los consuelos se anticipan, ya no cabe inquietud por lo presente ni temor del porvenir, ni resta ya vacilacion ó incertidumbre sobre la conducta que conviene adoptar. Cualquiera sean nuestras previsiones y cálculos acerca de las probables ó posibles contingencias, cualquiera sea el punto adonde marchemos, no varía sustancialmente la línea de nuestros deberes: uno solo y espedito es el camino; y al extremo del camino del deber está siempre la salvacion y la recompensa, para los individuos á veces en el cielo, para los pueblos y las sociedades y las instituciones en esta misma tierra donde cumplen sus destinos. Sea que el mundo llegado ya al punto mas avanzado de la órbita retroceda hácia su foco, y el poder se concentre, y la sociedad se constriña, y el actual orden de cosas tras de tantos vaivenes se afiance sobre sus cimientos; sea que todo tienda á cambiar de fase con impulso progresivo á la sombra de un régimen mas libre y de formas mas populares; la salvacion de la humanidad está asegurada siempre bajo los auspicios del cristianismo. Tan solo la impiedad egoista y dura, solo la inerte y voluptuosa indiferencia podrán entregar las sociedades indefensas á la ferocidad de esos sitiadores que en torno rondan proclamando el saqueo y el esterminio: mientras existan sus muros protectores, las creencias religiosas y los preceptos morales, no temolará sobre ellos la demagogía su bandera ensangrentada.

El materialismo puesto á la defensa se entiende con el materialismo que toma la ofensiva, aun cuando luchen entre sí resistiendo de una parte y acometiendo de otra: los trastornadores no se arredran ni asustan de su mismo sistema de guerra, de armas no semejantes, de los que fueron un día sus auxiliares y compañeros y que se pasaron con el botin al campamento opuesto: todo se reduce en el terreno de la fuerza á choques, sorpresas y asaltos, en que la esperanza está por los mas osados ó mas numerosos. Para contener el ímpetu brutal de una revolucion materialista,

es preciso apelar al espíritu, á la fé religiosa del espíritu, no á su razon estraviada causa y víctima á la vez de estos horrores; de aquella fuerza tiemblan que encadena las voluntades y no los brazos, de aquella luz que hace ver hermanos en los que ayer se combatian como enemigos, de aquella ley eterna y autoridad divina á cuyas plantas el error y el crimen al otro dia de su triunfo vendrian á abjurar sus delirantes blasfemias y sus designios sanguinarios.

J. M. Q.

LAS VIRTUDES TEOLOGALES SOCIALMENTE CONSIDERADAS.

I.

SIN FÉ NO HAY CIENCIA.

Abandonado el hombre á sí mismo, dispone de medios muy limitados para conocer la verdad, que es el alimento propio de su alma. Con los sentidos, la esperiencia y la razon solo alcanza la exterioridad, la superficie de las cosas, y no su esencia ó naturaleza íntima. Si dirige su mirada hácia el término del mundo de los cuerpos y el principio del de los espíritus, descubre misterios impenetrables que le obligan á reconocer la pequeñez de su inteligencia y á creer sin comprender. Mas allá de lo que la razon conoce, se estiende un espacio inmenso en el que no puede penetrar, y donde se agitan los fantasmas de su ignorancia; espacio que todos llevamos dentro de nosotros, en cuyo límite espira su vista, y en el que no distinguiendo nada sospecha sin embargo la existencia de cosas grandes. Ese horizonte impenetrable al humano entendimiento es la region del misterio, ora en el órden natural, ora en el órden sobrenatural. Inclínada la razon sobre ese abismo del cual no puede apartarse por el deseo y la necesidad que siente de penetrarlo, se fatiga sin término; y humillada y vencida se ve obligada á decir: «hay aquí algo que no comprendo.» Este es el principio de la fé. Cuando un hombre en ese estado conoce algo mas con el auxilio de una luz superior y lo anuncia, sin haber quien le contradiga, admite aquella nueva doctrina, se somete á ella, la recibe como un tesoro y cree. Esta sumision es la fé, primer lazo que une á los hombres con Dios y sus semejantes, base de todo adelanto y fundamento de toda civilizacion. Un acto de fé es el punto de partida de toda ciencia, porque sin ella

no se puede adquirir conocimiento alguno. El hombre y la sociedad necesitan la fé, sin la cual el individuo estaria condenado al aislamiento, y seria imposible la familia.

El tierno niño cree cuanto le enseñan sus padres y sus maestros, y esta fé en su palabra es el cimiento sobre que se levanta el edificio de su educacion. Las artes y las ciencias, para desenvolverse progresivamente, arrancan de ciertos axiomas que se admiten sin demostracion; y de la fé en principios, y tal vez en hipótesis que se creen como verdades, parten los adelantos del saber humano. Porque todo lo que existe como objeto de los conocimientos del hombre tiene un lado luminoso y otro oscuro: el primero está en el terreno de la ciencia, como sujeto á la observacion y á la esperiencia; el segundo se escapa á las miradas, se percibe, se siente, se reconoce su existencia, se cree, pero no se comprende. El ejemplo lo tenemos en nosotros mismos: estudiáanse los fenómenos de la vida, se les describe, se les compara, se esplican el uno por el otro, sin que se conozca la sustancia de la vida. Aunque para unos sea la organizacion y segun otros la sangre, por mas que estos piensen que es un espíritu y aquellos confiesen que no saben nada, créese no obstante en la vida, ejercitándose la ciencia en su propio terreno sin que obste á su progreso la oscuridad del principio; porque en lo que aparece de él hay razon bastante para creer lo que permanece oculto. Niéguese esta fé, y caerá la ciencia como un edificio sin cimiento, y se hará imposible su marcha como la de una nave sin timon en el mar agitado por desecha tempestad.

Si la fé es una condicion de la ciencia humana, no menos que una necesidad para el hombre, cuando haciendo uso de sus facultades intelectuales se ocupa del mundo visible entregado por Dios á las disputas de los mortales, lo es aun mucho mas cuando la atraccion divina le lleva hácia el mundo de los espíritus, hácia Dios. Allí la razon por sí sola no puede nada. Limitada y débil como el ojo enfermo, no puede sufrir el golpe de la luz que rodea la Divinidad; y divaga como un átomo perdido en el espacio, sin fijarse jamás, luego que le falta el apoyo de la fé, auxilio indispensable para adquirir algun conocimiento acerca de la divina esencia, la felicidad eterna y la naturaleza angélica. «No pudiendo el espíritu humano, decia Voltaire, tener noticia alguna sino por la esperiencia, ninguna esperiencia puede enseñarnos ni lo que existió antes que nosotros, ni lo que vendrá despues... La mas alta sabiduría nada sabe sobre los primeros

principios de las cosas sin un auxilio sobrenatural.» No hay anteojo racional de tan largo alcance. Así vemos que si no se concibe como un habitante de la tierra pueda saber lo que en otros planetas acontece sin una revelación que desde allí se lo comunique, tampoco puede concebirse como el alma tenga conocimiento de lo que está mas allá de la esfera de los sentidos y de la naturaleza, si una voz de lo alto no se lo declara. Para saber que existe un mundo superior al que habitamos, fué menester un enviado de él que nos diera á conocer su existencia y la relación que á él nos une.

Decir que nada nos importa ese mundo superior ó que podemos prescindir de él, sería abdicar la razón y descender al nivel de los irracionales. Nuestro origen, nuestra existencia y nuestro destino, ese conjunto de objetos que nos rodean y afectan, la idea del bien y la inclinación del mal, son puntos que envuelven cuestiones de no poca importancia para el hombre y muy dignas de ocupar su atención, cuestiones que se hallan de tal modo enlazadas con la religión, que sin ella no pueden ser resueltas. No há duda de que el hombre es un sér racional, y á la vez, según Cicerón y Aristóteles, un sér religioso. Individual y socialmente considerado le es tan natural la religión, que siempre la han tenido todos los hombres y todos los pueblos. «Es mas fácil, decía Plutarco, encontrar una república sin leyes y una ciudad en el aire, que un pueblo sin religión.» Y sabido es que la religión no existe sin fé. Los hombres en sus creencias religiosas pueden ser víctimas del error; pero todos han buscado siempre ese alimento del alma, sin el cual no hay grandeza de corazón ni nobleza de sentimientos. Hasta los filósofos del gentilismo reconocieron la necesidad de someter el entendimiento á verdades superiores, admitiéndolas sin raciocinio por sí mismas y por la autoridad de la tradición. «Es preciso, decía Cicerón, que prescindiendo de todo raciocinio creamos en lo que tocante á religión nos transmitieron los antiguos.» ¿Quién se atreverá á negar que hay algo mas allá de los límites de la inteligencia del hombre, y que este necesita de una luz superior para no estraviarse en la región de las cosas sobrenaturales? Ese resplandor, que solo puede comunicarlo el que habita en el seno de la misma luz inaccesible, es la fé católica. A su aparición en el mundo perdieron su fuerza los antiguos sistemas, como al brillar el sol se estinguen los reflejos de los planetas. Del mismo modo que una nave agitada por el ímpetu de los vientos, combatida y arrebatada por encrespadas olas, se detiene y queda fija en

medio de los mares en cuanto afirma las áncoras; así la fé salva de inminente naufragio al entendimiento agitado por los encontrados vientos del error y de la duda, llevándole al tranquilo puerto y á la sosegada playa de la seguridad de conciencia.

La fé, como luz y ciencia superior comunicada por Dios al hombre, le ilustra, le engrandece, multiplica las fuerzas de su inteligencia, extiende hasta el infinito la esfera de sus conocimientos, y le alimenta con la sustancia de la verdad que su razón busca siempre y siempre necesita. Ella pone un principio de certidumbre en el alma humana, le da un punto seguro donde apoyar la palanca de la potencia intelectual con la cual lo mueva todo; lo domine todo; y vulgarizando las verdades superiores, no solo hace participar de sus beneficios á todos los hombres individualmente y sin distinción, sino que crea lo que se llama *razón pública*, que preserva ó repara las aberraciones de la razón privada, y es como el alma de la sociedad moderna. Aunque la razón no comprenda las verdades de la fé, no por eso dejan de ser ciertas. Tampoco se anonada la razón al dar asentimiento completo á esas verdades emanadas de Dios. ¿Acaso destruye su voluntad el que cumple una ley, ó el que obedece una orden superior? Lo mismo debe decirse de la razón, que se somete y conforma con una razón suprema. La obediencia es una virtud del corazón, mientras que la fé es una virtud del entendimiento. El hombre tiene tanta necesidad de una ley para regular sus acciones, como para hacer un buen uso de su inteligencia. Si las leyes son necesarias á una nación, no lo es menos un símbolo á las sociedades religiosas. A título de que el hombre es libre, no se puede negar que, ora en el orden moral y social, ora en el orden intelectual y religioso, le sea indispensable una ley, una guía, una razón superior.

Escribió á san Agustín un neófito entusiasta, que era mejor seguir la autoridad de los santos, que dedicarse á buscar la razón de las cosas de Dios. «Corrige tu principio, le contestó el grande obispo de Hipona, y reconoce que cuanto la fe nos enseña puede ser considerado y examinado á la luz de la razón. Dios nos libre de pensar que él quiera destruir en nosotros esa prerrogativa con que nos ha ennoblecido sobre los irracionales; Dios nos libre de pensar que la sumisión que debemos á las verdades de la fé nos impida buscar la razón de lo que creemos; porque no seríamos capaces de creer si no usásemos de la razón.» Así hablaba ese hombre, á quien todos los siglos han admirado, y podemos llamar el gran padre de la filosofía cristiana. «La

fé, ha dicho un sabio apologista, es como el instrumento óptico del alma, como la prolongacion de la vista natural, que acerca, corrige y presenta con claridad los objetos lejanamente confundidos y oscuros, que descubre otros nuevos, y estiende la vista hasta una distancia infinitamente mayor que la que pudiera recorrerse sin él: Hay que considerarla tambien como el telescopio de la inteligencia, que agranda su horizonte, y le hace distinguir nuevos astros en el cielo del pensamiento y de la verdad.» «Al observar, añade Voltaire, que la razon hace progresos tan pasmosos, pero tan solo desde el momento de la predicacion del evangelio, bien podeis considerar á la fé, no como un enemigo á quien es preciso atacar, sino como una aliada que viene en vuestra ayuda.»

Una sola palabra explica de donde nace la resistencia que muchos hacen á la fé, y el porqué se la combate con el fin de destruirla. Si se niega la fé, cuya oposicion viene, no de la razon, sino del corazon ó de las pasiones, es porque se la teme con motivo de estar unida á ella una virtud divina. Redúzcase la fé á una coleccion de verdades especulativas; y despojada de los deberes que lleva en pos de sí, que son como sus frutos, ó como consecuencia de ser ella la regla de nuestras acciones, se habrán acabado los incrédulos, ó serán al menos muy raros. Sin embargo, hombres incrédulos en el sentido absoluto de la palabra, ni los hay ni es posible que los haya. Los habrá, si se quiere, y muchos por desgracia, con relacion á las verdades de la fé católica; pero hombres que vivan sin fé, sin dar crédito á misterios que no puedan probarse y que tal vez repugnan á la humana razon, no hay que buscarlos porque no se encuentran en el mundo. Pascal ha dicho imitando á Séneca: *los incrédulos son los mas crédulos*. Y segun expresion de Voltaire, «es propio de la incredulidad creer todo lo increíble y lo que no se entiende, y creerlo sin auteridad alguna que sea capaz de persuasion. Al contrario, la fé católica consiste en someter la razon, no por ciega credulidad, sino por una credulidad dócil que la misma razon autoriza.» ¡Cuántos hechos podrian citarse que prueban la fanática y supersticiosa credulidad de los pretendidos incrédulos, dignos de compasion por llevar en sí mismos el castigo de su apostasía!

SEBASTIAN VIVES, PRO.



EXPOSICION DEL ARZOBISPO DE VALLADOLID

SOBRE LA CALIFICACION OFICIAL DE NATURALES

DADA Á LOS HIJOS DE SIMPLE MATRIMONIO RELIGIOSO.

Aunque mas de una vez reproducida, no podemos menos de acoger en nuestras columnas la generosa y enérgica protesta de este dignísimo prelado, que se ha apresurado á hacer suya el episcopado español, contra una disposicion y una frase insostenibles á todas luces.

«Escmo. Sr.: Es inesplicable la dolorosa impresion que me ha causado la lectura de la real orden del 11 del actual, inserta en la *Gaceta* del 13 mandando que se inscriban en el registro civil con la denominacion de *hijos naturales* á los que sean nacidos de solo el matrimonio canónico.

Sabia que á pesar de las justas, razonadas y patrióticas reclamaciones del episcopado español, se sancionó la ley del llamado *matrimonio civil*. No ignoraba, que contrariándose los sentimientos de la nacion y desestimándose los luminosos dictámenes de sus mas insignes é ilustres jurisconsultos, se habia privado en dicha ley al matrimonio religioso de los efectos civiles. Mas nunca pude pensar que el espíritu de hostilidad al catolicismo llegase en España hasta el extremo de que por medio de una declaracion oficial se le infiriera el grande agravio de dar á los hijos nacidos del matrimonio instituido por Dios el odioso é infamante dictado, que las sabias leyes de Partida dan á los hijos que *non nascen de casamiento segund ley, assi como los que facen en las barraganas*.

La mujer casada por medio del matrimonio sacramento, la virtuosa y honesta esposa cristiana, no es ya, con arreglo á la real orden citada, sino una barragana. A esto equivale declarar *naturales* á los hijos nacidos de solo el matrimonio canónico. Ni los mismos emperadores romanos, en los tiempos de la mas sangrienta persecucion á la Iglesia, deshonraron de esta suerte á las mujeres y á los hijos de los cristianos.

El agravio que por medio de esa declaracion se causa á la Iglesia católica es tanto mas injustificable, cuanto que establecida por la Constitución la libertad de cultos en España, parecia natural que el gobierno respetara las creencias católicas relativas al matrimonio, siquiera para el efecto de no reputar jurídicamente como concubinato ó barraganía el casamiento celebrado entre los freles segun su ley religiosa, digna de consideracion, aun políticamente hablando, por la sola circunstancia de ser la que profesa el pueblo español con muy cortas é insignificantes escepciones.

Esa ley le enseña que es dogma de fé que Jesucristo elevó el matrimonio á la dignidad de sacramento, que el sacramento no es una cualidad accidental unida al contrato sino de esencia para el matrimonio mismo, y que por esta razon no hay entre los cristianos union conyugal legítima sino por medio del matrimonio sacramento. Doctrina celestial, que no ha podido sin infraccion de la ley fundamental del estado ser atacada por nadie, ni mucho menos por el gobierno, como lo ha hecho espidiendo la real orden citada, que revela salvando las intenciones el mas absoluto desprecio de Dios, de Jesucristo y de su Iglesia.

Yo lamento que el estado con disposiciones de esta clase dé motivo á que se crea que va caminando rápidamente al ateísmo ó al grosero materialismo, y que con daño de todos aparte cada día mas de sí á la Iglesia, complicando y haciendo mas difícil la solución de las graves cuestiones que por desgracia tiene con ella pendientes, entre otras la del real patronato de que me ocupé en mi comunicacion del 13 del pasado, aunque en términos diferentes de los que hoy tal vez usaria por la nueva luz que derrama sobre esa importantísima cuestion la real orden de que voy tratando. Está redactada con tal dureza de estilo, con tan grande sequedad en la forma, y se advierte en ella tan notoria indiferencia religiosa, que solo puede dictarse por el gobierno de un estado ateo; y no cabe suponer, como la ciencia y la historia nos enseñan, en estados de esta clase la existencia del patronato, de las regalías, derechos y prerrogativas que la Iglesia solo concede á los reyes y gobiernos, que dándole respetuosas muestras de amor, la protegen con su poder y la defienden con sus leyes.

Naturalmente, y en cumplimiento de los deberes de mi sagrado ministerio, me encuentro precisado á rogar á V. E. se sirva disponer que la referida real orden se reforme en un sentido favorable al catolicismo. La religion, la moral, la conciencia pública, el decoro de la nacion, la dignidad del gobierno y hasta el buen sentido lo reclaman.

Si contra mis esperanzas el gobierno no lo hace, si deniega mi petición, me apresuro desde ahora á formular la mas enérgica y respetuosa protesta.

Protesto pues en nombre del dogma católico y de la doctrina de la Iglesia, tan injustamente ultrajados y desatendidos. Protesto en nombre de la moral ofendida, en nombre de la sociedad minada por su base y amenazada de perder sus mas caros y vitales intereses, en nombre de la familia profanada por consecuencia de una disposicion que vulnera sus sagrados y legítimos derechos, en nombre de la conciencia pública sublevada. Protesto contra esa medida en nombre de los padres de familia cristianos, en nombre de todos los hombres de bien lastimados en lo que quieren mas, lo que defenderán aun á costa de sus vidas, la reputacion y el buen concepto de sus esposas. Protesto en nombre de la mujer honrada, de la virtuosa madre de familia católica, confundida con la despreciable é infame concubina. Protesto finalmente en nombre de la inocencia, en nombre de esos tiernos niños, hijos de bendicion y fruto del mas puro y santo amor, en cuyas frentes se va á estampar con desapiadada mano y faltándose deliberadamente á la verdad una marca de ignominia, el sello de la infamia.

De nuevo ruego á V. E. se sirva acceder á mi petición, cuya justicia é importancia son evidentes, como lo demuestran las razones que con la mayor brevedad posible he tenido el honor de esponer.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Valladolid 17 de enero de 1872.—Juan Ignacio, cardenal Moreno, arzobispo de Valladolid.—Escmo. señor ministro de Gracia y Justicia.»

CRÓNICA.

Solemne fué la recepcion que el día 24 tuvieron en el Vaticano las comisiones de católicos de Alemania, Austria, Holanda, Bélgica, Francia, España, Suiza y Estados-Unidos, para protestar contra la conducta de sus respectivos gobier-

nos con el pontífice, y representar mas legítimamente los sentimientos de adhesión de una buena parte de sus naciones. Llevó la voz por todos Mr. Hamptner belga, y su discurso fué notable por mas de un concepto.

Su santidad contestó con la espresiva alocucion que reproducimos en extracto, porque el texto íntegro no ha podido publicarse en Roma por falta de libertad.

«No confundiré yo indudablemente los injustísimos atentados de que acabais de hablar con las tiernas y frecuentes manifestaciones de amor que recibo de todas las partes del mundo, y que tengo la dicha de recibir hoy de vosotros. Estas manifestaciones son para mí preciosísimas, comunicanme fuerza, sirven de ejemplo al mundo, y constituyen un acto grande que la historia conservará cuidadosamente para edificación y enseñanza de la posteridad.

»Desgraciadamente una parte de los cristianos se halla pervertida, y el mayor número de los gobiernos olvidados de sus deberes, unos por cobardía y otros por debilidad, se han lanzado en ese proceloso mar sin costas. Desgracia inmensa es para ellos y los pueblos, á la cual solo el Señor podrá poner término.

»Hace cerca de cuarenta años se propuso á la santa sede que diese mayor latitud á sus instituciones, en conformidad á las supuestas aspiraciones populares. Estas apremiantes é insistentes proposiciones lanzadas á la publicidad, aumentaban por una parte la osadía de los enemigos de la santa sede y por otra los obstáculos del gobierno debilitándolo.

»Vosotros sabeis hoy como los que se constituyeron en consejeros, yacen en tierra como troncos inútiles, incapaces de levantar un solo brazo contra la revolucion.

»La sociedad ha sido encerrada como en un laberinto, del que no podria salir sin la mano de Dios. Que ese Dios, Señor supremo del mundo que reprueba los consejos de los príncipes, tenga á bien conducir á esta sociedad á su estado normal, y devolverle la paz y la tranquilidad. Como quiera que sea, sabemos que sabrá proteger á su Iglesia.

»La Iglesia es, en verdad, militante; debe combatir y combatir; mucho mas, yo repetiré en sentido mas justo estas palabras pronunciadas insensatamente en otro tiempo con motivo de otra cosa: «La Iglesia hará prueba de su fuerza.» (*La chiesa farà da se.*)

»No obstante esto en nada disminuye la falta de los que debieran proteger á la Iglesia y no lo hacen; solo temen hoy otra cosa peor, porque sobre ellos y detrás de ellos se encuentran otros revolucionarios mas débiles, que no conocen principio alguno de caridad ó de justicia y que preparan días terribles á la humanidad...

»¿Qué haremos pues en tiempos tan tristes?

»Entre los recuerdos que me vienen á la memoria, hay uno que se remonta á muchos siglos.

»Me acuerdo de Esaú, cuando presa del furor iba contra su hermano Jacob. Viendo este el peligro, púsose en posicion de esperarle. En primera fila colocó á sus criados, despues á sus hijos, y por último á la inocente Raquel. Nosotros imitaremos á Jacob: tenemos un Esaú que nos persigue dura y cruelmente, y en primera fila colocaremos al clero con sus palabras y ejemplos; despues á todos vosotros dispuestos á sostenerle é imitarle. Pero nuestra Raquel está en los cielos, y es la Madre de Dios, nuestra Madre, auxilio de los cristianos, refugio de los pecadores, destruccion de todas las herejías y de todos los errores. ¡Sea ella nuestra protectora!

»Entre tanto, me limitaré á repetir los sentimientos de alegría que experimento por las afectuosas palabras que me habeis dirigido. Yo os bendigo, yo bendigo tambien vuestras intenciones y vuestros actos. Dios haga de vosotros los instrumentos de su gloria, á fin de que por el noble ejemplo de vuestra vida, por vuestras oraciones y por la de todos los fieles, este pobre Jacob pueda vencer á Esaú y desarmarle por la caridad. Quiera Dios sacar del fondo de la impiedad la parte corrompida de los pueblos y curar de su debilidad á los soberanos.»

Al medio día del mismo 24 SS. AA. Imp. el gran duque Miguel de Rusia, con la gran duquesa Olga su esposa y con la gran duquesa Maria y el conde Strogonoff y su respectiva

servidumbre, se han dirigido al Vaticano para ser recibidos en audiencia por su santidad el papa Pio IX. SS. AA. II. fueron recibidas con los honores debidos á su alta gerarquía y compatibles con las condiciones en que actualmente se halla la corte pontificia. La audiencia duró cerca de tres cuartos de hora, despues de la cual su santidad se dignó admitir á su presencia á la servidumbre de los príncipes. Estos pasaron luego á ver al cardenal Antonelli.

Los generales de las órdenes fueron recibidos el 25 en audiencia por el papa. Varias comisiones católicas han recibido la comunión demano de su santidad.

La basilica San Vitali ha sido arrebatada al culto y ocupada por las fuerzas italianas. El delegado de la cuestura intimó al rector la orden de salir en término de veinticuatro horas. El prelado pidió esplicaciones, á lo cual el prefecto de Roma respondió que la espropiación de la basilica estaba decretada. Los carabineros han permanecido toda la noche en la basilica. El suceso ha causado gran disgusto al papa.

La *Nueva Correspondencia de Roma* añade estos pormenores: «En vista de la protesta del cardenal vicario, la ejecución se ha suspendido y los gendarmes se han retirado.»

Se ha hecho un arreglo entre Rusia y la santa sede respecto de la Polonia. El gobierno ruso presentará al papa una lista de eclesiásticos entre los cuales escogerá su santidad los mas capaces para ocupar las sillas episcopales de aquel país.

Las negociaciones se han entablado á consecuencia de la recepción del gran duque Miguel en el Vaticano, y los cinco obispos de que se trata en ellas serán preconizados en el consistorio de la cuaresma.

Veinte y seis senadores italianos se han retirado del parlamento para protestar contra la usurpación de los derechos de la santa sede.

El diputado Mr. Belcastel ha presentado una petición con 32.000 firmas en favor del prisionero del Vaticano. Los solicitantes reclaman, no palabras como las dadas por Mr. Thiers hasta ahora, sino una promesa fehaciente ó acto formal que garantice los derechos del soberano pontífice, en honor de la Francia y de todo el orbe católico.

La asociación católica y patriótica de Viena ha entregado al gobierno la cuarta protesta contra la invasión de Roma. Este documento está firmado por 102.350 hombres de edad, cantidad que junta con las tres anteriores forma un total de mas de 400.000 firmas de otros tantos católicos austriacos que protestan contra la usurpación italiana.

Va penetrando en los países Danubianos el catolicismo, gracias sobre todo al celo de Paoli, vicario general de Bulgaria y obispo *in partibus* de Nicópolis. Hace poco ha conseguido fundar un seminario en su misma residencia episcopal para las misiones de Valaquia y Bulgaria.

La tendencia á favor del catolicismo se manifiesta en Inglaterra de la manera mas visible y consoladora. En este momento uno de los predicadores mas elocuentes de Londres, Mons. Tomas Capel, prepara la abjuración de treinta y siete personas pertenecientes todas á las familias mas aristocráticas. Son numerosos los ministros anglicanos que se convierten: en el espacio de diez años han vuelto mas de doscientos al gremio de la Iglesia. Y cuenta que estas conversiones de ministros son realmente heroicas, pues al dejar el protestantismo renuncian á magníficas prebendas ricamente retribuidas por el estado.

En Albaida reino de Valencia ha ingresado en el seno de la Iglesia católica un joven mahometano, nacido en Africa.

En la capilla del palacio episcopal de Oviedo tuvo lugar una conmovedora ceremonia. Una señorita protestante adjuró sus errores, recibiendo de manos del celoso prelado de aquella diócesis las aguas del bautismo. Al día siguiente le fueron administrados los sacramentos de la confirmación y eucaristía.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

RECÍPROCA INFLUENCIA DE LA RELIGION Y LA LITERATURA.

La quinta conferencia del Sr. Aguiló habia versado sobre la poesía hebraica, y prosiguiendo la serie de sus reflexiones en la sexta, indicó algunos de los caracteres que á su juicio la distinguen de la griega y la romana. El mas notable es sin duda el estar sentada sobre la firme base de las verdades religiosas; y como la verdad es inmutable y eterna, de aquí proviene que no haya estado sujeta á las vicisitudes de los tiempos y que se haya perpetuado al través de los siglos. No es un cadáver embalsamado y perfectamente conservado, como los mas preciados monumentos de otras literaturas: vive y respira todavía; despues de dos mil años aun resuena en los oídos de doscientos millones de cristianos, desde un confín del mundo al opuesto se perciben sus ecos. «Tomad, dijo el orador, el báculo de los peregrinos, surcad mares y rios, atravesad bosques y montañas, y en cualquier punto veais levantarse una cruz encima de un campanario, preguntad; y si allí nada saben decirnos de Homero ni de Virgilio, seguramente os contestarán algo de David y de Isaías.» Juzgando por lo que de ella conocemos, la poesía hebraica fué exclusivamente religiosa. El pueblo que Dios habia escogido, directamente gobernado por él, y por él preservado del contagio universal de la idolatría, no tenia mas que dos puntos de mira, uno en lo pasado y otro en lo futuro: un Dios criador de la humanidad y que con él habia sellado un pacto de alianza, y un Dios redentor de la humanidad y que habia de salir y participar de la sangre de este mismo pueblo. Tan sublime destino tenia que llenar precisamente la imaginación y dar un colorido especial á las ideas y sentimientos humanos de sus poetas, que cantaban por decirlo así desde las alturas y envueltos en la pura atmósfera de erguido monte, como contemplaba Moisés la tierra de promisión desde las cumbres del Nebo. Pero la poesía gentilica, aunque nacida al pié de las aras de los falsos dioses, no se quedó encerrada en el recinto de sus templos; y sus poetas encontraron inspiraciones en las bulliciosas ciudades y en los floridos valles, en los grandiosos ó halagüeños espectáculos de la naturaleza y en las lisongeras ó tumultuosas pasiones del corazón. Hija legítima de un instinto natural, pronto fué hija adoptiva del arte, y por consiguiente mas variada, mas humana, mas perfectible, mas progresiva. Sin necesidad de explicar de qué modo fué perdiendo su rudeza primitiva, salió de su infancia y se trasformó sucesivamente en apuesta doncella y en gallarda matrona: basta decir que la literatura latina, refinándose de generación en generación, llegó á un grado de perfección tan admirable, que no conocemos nada mas puro, mas correcto, mas elegante, mas precioso bajo el concepto literario que sus obras maestras, ni hay nación alguna moderna que ofrezca nombres que puedan eclipsar los de César y Cicerón, los de Ho-

racio y de Virgilio. «He dicho, continuó, que esta literatura era progresiva, y he fijado los límites de su perfeccion en una época que cuenta unos dos mil años de fecha; ¿y por ventura no es esto una contradicción que salta á la vista? Si hemos tropezado con un límite, ¿dónde está la ley del progreso de que tanto nos han llenado los oídos? ¿Dónde ese progreso indefinido, que por su esencia misma tendría que ser una escala mas alta que la de Jacob, cuyo último escalon nunca se encontrara? ¿Cómo es pues que los antiguos lo encontraron? ó bien, porqué se detuvieron y se sentaron en uno, sin que en mas de mil años se haya podido trepar hasta el siguiente? Si el progreso es una ley providencial, una ley indeclinable, una ley divina, ¿de dónde ha salido el genio infernal que fué bastante poderoso para contrarestarla, para violarla, para destruirla? Supongamos que Dios hubiese criado el mar para que poco á poco se fuese engullendo la tierra, ¿podrían entonces los hombres detener las olas embravecidas poniéndoles por dique algunos montones de arena? Si el progreso es una ley constante de la humanidad, ¿cómo es que la literatura, el arte, la ciencia, cualidades tan excelentes, tan privativas, tan características de la humanidad, pudieron sustraerse á la jurisdiccion, á la inviolabilidad de aquella ley? Si es universal, ¿por qué no rige en Asia y Africa así como se supone que está vigente en Europa? ¿Acaso existen dos, tres ó mas humanidades? Desengañense los que están seducidos por los sistemas de la impiedad, que se esfuerza para eliminar el nombre de Dios, y fabrica cualquiera hipótesis que le evite el recurrir á su impenetrable y misteriosa providencia. Los ídolos de nuestros tiempos, no porque aparezcan sobredorados de ciencia, no porque dejen de representar personajes de carne y hueso, dejan de ser ídolos como los de la antigüedad. Si esta ley del progreso fuese algo mas que una fórmula vacía, una concepcion fantástica, una ley imaginaria, que ni siquiera presta á las ciencias históricas el servicio que están prestando á las matemáticas las cantidades imaginarias, esta ley seria indefectible, y la razon del hombre, las tendencias de su espíritu, la libertad misma de que está dotado, no solamente no habrían podido infringirla, sino que le hubieran servido de punto de apoyo, de fuerza auxiliar y activa para realizar todos sus efectos, para mejorar sucesivamente las condiciones de este mismo espíritu, y hacer de cada vez mas perfectas todas sus manifestaciones. Y como esta consecuencia no está demostrada por la historia, tampoco hay que buscar aquella premisa en buena filosofía. La palabra *decadencia*, antítesis gramatical del progreso, interrupcion del mismo como hecho eventual y negacion de su pretendida ley, no solo se halla escrita en los diccionarios, sino que la vemos profundamente grabada en las espaldas de toda época de progreso. La de Horacio y Virgilio fué *la edad de oro* de la literatura latina; despues vino *la edad de plata* de Séneca, Estacio y Lucano; despues *la edad de cobre*, en que todavía se percibia tal cual efímera llamarada

débil remedo del antiguo brillo; y vino por fin *la edad de hierro*, en que casi no merece el nombre de tal la que ni sombra era ya de la antigua literatura.»

Así habia ido bajando, bajando mas y mas el nivel del estro poético, de la perfeccion artística, del talento, del gusto, de la imaginacion, del sentimiento. El origen del verdadero progreso hay que buscarlo en Jesucristo, y esta idea sirvió naturalmente de transicion al orador para emitir algunas acerca de la influencia que hubo de ejercer en la literatura el mas grave y trascendental acontecimiento que recuerdan las páginas de la historia. Jesucristo bajó del cielo á la tierra, no solo para ser el redentor, sino tambien el maestro de la humanidad; cambió su punto de mira. El hombre, que hasta entonces se consideraba nacido para la tierra y vivia para la tierra, de entonces acá tiene que considerarse nacido para el cielo, y es su obligacion vivir para el cielo. De aquí se sigue que no podia menos de introducirse una modificacion radical y profunda en sus ideas, sentimientos y aspiraciones, y por consiguiente era preciso que alterase la que existia, ó crease una nueva literatura como espresion de sus nuevas ideas y sentimientos.

Los primeros siglos del cristianismo fueron poco á propósito para el cultivo del arte y de la literatura bajo un nuevo punto de vista. La confesion de la fe, que conducia á los tribunales, á las cárceles y al último suplicio, mal podia ataviarse con las galas de la poesía para conducir al gentilico templo de la inmortalidad; pero despues lució la aurora de la paz de la iglesia, y la sociedad pudo ser legal y ostensiblemente cristiana. El paganismo, desterrado de la legislacion, desterrado de los tronos, desterrado de los templos, se vió lógicamente desterrado de los libros. Prescindiendo pues de los santos evangelios, de las epístolas canónicas, del misterioso Apocalipsis, por su divino origen, y solo tocando muy de paso sus especiales caracteres, prescindiendo de los tratados apologéticos, de las actas de los mártires, de los tesoros de elocuencia y doctrina de los SS. PP. griegos y latinos, por mas que formen una frondosa rama de la literatura cristiana, el orador dividió en tres clases los productos literarios en que tuvo parte la imaginacion y fueron debidos al cristianismo. La primera, que fué la única de que habló, comprende las obras poéticas de los escritores católicos de los siglos IV, V y VI, y despues de algunas observaciones generales se concretó á la *Historia evangélica* de Juvenco, que escribiendo en los tiempos de Constantino Magno puede considerarse como el patriarca de numerosa familia, y á la *Psychomachia* de Aurelio Prudencio, apellidado por algunos *príncipe de los poetas cristianos*, y dijo haberse limitado á estos dos no solo porque son dos glorias de la literatura y de la religion, sino tambien porque son dos glorias españolas.

Los jesuitas es el tema sobre el cual disertará esta noche D. Miguel Maura Pro.